

18º domingo del tiempo ordinario

2 de agosto de 2026

«*Comieron todos y se saciaron*».



«Al atardecer, los discípulos sugieren a Jesús que despida a la multitud, para que puedan ir a comer. Pero el Señor tiene en mente otra cosa: “*Dadles vosotros de comer*” (Mt 14, 16). [...] El milagro consiste en compartir fraternamente unos pocos panes que, confiados al poder de Dios, no sólo bastan para todos, sino que incluso sobran, hasta llenar doce canastos. El Señor invita a los discípulos a que sean ellos quienes distribuyan el pan a la multitud; de este modo los instruye y los prepara para la futura misión apostólica: en efecto, deberán llevar a todos el alimento de la Palabra de vida y del Sacramento.

En este signo prodigioso se entrelazan la encarnación de Dios y la obra de la redención. Jesús, de hecho, “baja” de la barca para encontrar a los hombres. San Máximo el Confesor afirma que el Verbo de Dios “se dignó, por amor nuestro, hacerse presente en la carne, derivada de nosotros y conforme a nosotros, menos en el pecado, y exponernos la enseñanza con palabras y ejemplos convenientes a nosotros”. El Señor nos da aquí un ejemplo elocuente de su compasión hacia la gente».

BENEDICTO XVI, Ángelus, 31 de julio de 2011.

«El día del Señor».

El prefacio dominical X del tiempo ordinario nos permite contemplar la realidad de la comunidad eclesial que se reúne para celebrar el domingo. De hecho, esta plegaria no solamente es una alabanza al Padre, sino también una descripción agradecida de las acciones litúrgicas que realiza la asamblea dominical. Así se ratifica que el día del Señor es también el día de la familia de Dios. De esta descripción de la asamblea es preciso comentar el significado de cuatro términos sobresalientes: «convocación», «casa», «hoy» y «familia».

«Convocación» («*nos has convocado*»): como comunidad eclesial reconocemos que ha sido el Padre quien nos ha convocado. He aquí el origen de la Iglesia y de toda asamblea celebrante: Dios nos ha llamado a «*estar con*» los hermanos y nosotros, respondiendo a este llamado, nos hemos puesto en camino pasando de la dispersión a la reunión. Se trata de estar con los hermanos para escuchar la palabra juntos, juntos glorificar a Dios y juntos alimentarnos de la Eucaristía para permanecer unidos como Iglesia y caminar juntos en el día a día.

«Casa»: Existe un lugar en donde hemos sido convocados: *la casa de Dios*. Detrás de esta alusión hay una teología de la Iglesia: Pablo llama a la Iglesia «casa de Dios», (cf. 1Tm 3,15), recordando el deseo primordial que Dios nos ha revelado desde el principio de la Historia de la Salvación: su voluntad es habitar entre los seres humanos que forman comunidad de fe. De esta comprensión se desprende el hecho de que el lugar físico de reunión de los bautizados también se llame «*casa de Dios*», pues donde se reúnen los hermanos por el culto, allí habita el Señor (cf. Mt 18,20).

«Hoy»: la intervención de Dios en la comunidad se realiza en el hoy (cf. CCE 1165). En cada domingo se actualiza el Misterio Pascual de Cristo muerto y resucitado como un acontecimiento que no se queda en el pasado, sino que permanece presente en nuestro tiempo (cf. CCE 1085).

«Familia»: quienes pertenecen a la Iglesia por el bautismo llegan a conformar una familia eclesial, cuyos vínculos provienen del hecho de ser hijos del mismo Padre en Cristo: «*ustedes ya no son extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios*» (Ef 2,19). Además, Jesús integra a su familia a todos aquellos que escuchan y obedecen la voluntad de Dios: «*Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen*» (Lc 8,21).

«Milagros de Dios y responsabilidad del hombre».



El Evangelio de este domingo nos presenta a Jesús en su dimensión de taumaturgo, de maravilloso ejecutor de milagros en favor de los hombres de su tiempo. Es una actividad tan marcada por los evangelistas que no la podemos soslayar, ni la podemos reducir a meros ejemplos edificantes, privados de veracidad histórica, como algunos pretenden.

Mateo nos lo dice así: «Al desembarcar vio Jesús el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos». Es interesante notar lo que podríamos llamar la dinámica del milagro. Es algo que nace del corazón de Cristo. Ve las multitudes que le siguen, que lo han esperado a la otra orilla del lago donde desembarca, se conmueve y responde. Los milagros no son una manifestación extemporánea de poder. Son una respuesta de amor, al amor sencillo de las multitudes que de Jesús lo esperan todo. Ciertamente esperan su palabra; pero para ellos la salvación no es teoría y la presencia de Dios en Jesús suscita un grito de confianza para que llegue con su bondad allá donde el hombre siente su pobreza. Para ellos la salvación es también, quizá es, sobre todo, en la inmediatez de sus necesidades, la curación de sus enfermos. Y Jesús responde curando. Es el Salvador, pero es también la salud.

La figura de Jesús que cura es familiar en la antigüedad cristiana. Ignacio de Antioquía ha forjado esa hermosa fórmula: «Médico de los cuerpos y de las almas», citada por el Concilio Vaticano II en la constitución litúrgica. Los milagros estaban en su poder. Para un pueblo, acostumbrado por las Escrituras, a creer en un Dios que hace prodigios, el signo de la presencia del Mesías eran también los milagros. Milagros nacidos del corazón de Cristo, de su amor por los pobres y que llegaban hasta sus manos; manos del Dios que plasma al hombre, conoce los secretos de los tejidos de su carne, tiene poder sobre la naturaleza. El otro milagro que narra el Evangelio es el de la multiplicación de los panes. Con los cinco panes y los dos peces que los discípulos llevaban en su bolsa, Jesús, con gesto litúrgico, levanta la

¹ J. CASTELLANO, *Orar con el año litúrgico. Ciclo A*, Madrid: EDICEP 2010, 148-150.

mirada al cielo pronuncia la bendición, parte los panes y los da a los discípulos para que éstos se los entreguen a la gente.

Antes de hacer el milagro, el Maestro dice esa palabra que es también una enseñanza primordial para los discípulos: «*Dadles vosotros de comer*». No está bien que los amigos de Jesús se quieran echar de encima a toda esa gente hambrienta que ha seguido al Maestro. Él les indica que a la gente no se le puede tratar así. Que hay que hacer algo por ellos. Demasiado fácil mandarlos a sus casas o a las aldeas para comprar de comer. Hay que hacer algo por ellos.

Y aquí está la palabra de la responsabilidad, la que ha hecho milagros a través de los tiempos de la Iglesia. «*Dadles vosotros de comer*». Hay milagros de caridad que se hacen siempre con los cinco panes y los dos peces de la generosidad inicial de los hombres, a la que el Señor añade por su parte la gracia de la Providencia. Lo han demostrado a través de los siglos tantos hombres y mujeres que han respondido a las necesidades de los hombres, no con la fácil respuesta de mandar a la gente a otra parte, sino con el milagro inicial del amor que se encarga de salir al encuentro de las necesidades más urgentes e inmediatas.

El Señor exhorta a los cristianos a mirar concretamente las situaciones, a hacer una primera inversión de amor y de creatividad. La Providencia espera esa inicial colaboración de los hombres para hacer cosas grandes. Cuando Juan Pablo II inauguraba el nuevo estadio olímpico de Roma, antes de los campeonatos mundiales de fútbol, notaba que cuando los hombres quieren son capaces de hacer funcionar una serie de mecanismos de acción a nivel mundial. Y decía que lo mismo se podría hacer, queriéndolo, para resolver los problemas humanos del planeta.

Milagros de la caridad. Hoy también los hay. Basta dar una mirada a los que hacen muchos cristianos. He visto estos milagros cotidianos, por ejemplo, en muchas parroquias de Roma que mantienen con la iniciativa de la gente, comedores para los pobres y marginados. Hay milagros de caridad en esas respuestas inmediatas de las Cáritas nacionales a las situaciones difíciles que viven algunas poblaciones.

«*Dadles vosotros de comer*». Dios pone hoy en el corazón de los cristianos esta palabra creadora, capaz de suscitar nuevos milagros de caridad. Ante una necesidad, ante un problema. Ante alguien que te pide ayuda no digas que no. Haz como Jesús. Eleva la mirada al Padre, pronuncia tu acción de gracias y empieza a obrar con lo que tienes a tu alcance, lo demás, el milagro, corre por cuenta del Señor.

18º domingo del tiempo ordinario – Textos proclamados
Comentario a las lecturas bíblicas²

«Vengan y coman»

Lectura del libro de Isaías 55,1-3

El profeta transmite un mensaje salvífico al pueblo desterrado: seguirá siendo siempre el pueblo de Dios. Yahvéh será siempre su Dios. Es la fórmula de la alianza. Este anuncio se ofrece gratis, sin exigir nada a cambio. El profeta con su palabra apaga la sed y sacia el hambre de los necesitados. Porque no sólo de pan vive el hombre, sino de la palabra de Dios (cf. Dt 8, 3). Esa palabra se hace alimento de una manera totalmente nueva e inesperada en Cristo. (cf. Jn 6).

«Ninguna criatura podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo».

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos 8, 35. 37-39.

El texto suena a himno de triunfo por la seguridad de la esperanza cristiana. El sentido del v. 35 es: ¿Quién puede separarnos del amor que Cristo nos tiene? El fundamento de la firme esperanza es que Cristo, habiéndonos dado los dones supremos mencionados en el v 34, no puede en modo alguno dejar de amarnos. En el v. 35 se enumeran las cosas que podrían hacernos dudar de que Cristo sigue amándonos: tribulación, angustia, etc. Todas esas pruebas, en lugar de privarnos del amor de Cristo, redundan en beneficio nuestro, toda vez que por la ayuda que el amor de Cristo nos presta, hace que de todos ellos salgamos triunfantes (v. 37). En los vv. 38-39 enumera las fuerzas más poderosas que podrían crear una separación entre el amor de Cristo y nosotros: la vida, la muerte, las diversas fuerzas angélicas, etc., para llegar a la rotunda afirmación de que ninguna realidad creada puede llegar a producir tal separación, que para nosotros sería la pérdida de todos los bienes cuyo principio es el amor de Dios y de Cristo.

«Comieron todos y se saciaron»

Lectura del santo Evangelio según San Mateo 14,13-21.

Jesús, en cuanto Revelador del Padre, es el Pan que da la vida (Jn 6, 33-58). Da esta vida a los que tienen hambre, a los que sufren, a los pobres que sienten necesidad de Él y buscan alimento en El. Los hombres suelen desentenderse fácilmente de los necesitados; pero éstos son los preferidos del Señor y a quienes, a través del pan que alimenta los cuerpos, como el maná, y que es alimento perecedero (Jn 6, 27), hace llegar a la necesidad del Pan que ha bajado del cielo y da la vida eterna (Jn 6,51), es decir, la carne y sangre de Cristo (Jn 6,53-58) en el misterio eucarístico.

² SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA (España), *Comentarios al leccionario dominical*. Ciclo A, 268-271.

El Catecismo de la Iglesia Católica al servicio de la homilía

La multiplicación de los panes prefigura la Eucaristía

1335. Los milagros de la multiplicación de los panes, cuando el Señor dijo la bendición, partió y distribuyó los panes por medio de sus discípulos para alimentar la multitud, prefiguran la sobreabundancia de este único pan de su Eucaristía (cf. Mt 14,13-21; 15, 32-29). El signo del agua convertida en vino en Caná (cf. Jn 2,11) anuncia ya la Hora de la glorificación de Jesús. Manifiesta el cumplimiento del banquete de las bodas en el Reino del Padre, donde los fieles beberán el vino nuevo (cf. Mc 14,25) convertido en Sangre de Cristo.

Los frutos de la comunión

1396. *La unidad del Cuerpo místico: La Eucaristía hace la Iglesia.* Los que reciben la Eucaristía se unen más estrechamente a Cristo. Por ello mismo, Cristo los une a todos los fieles en un solo cuerpo: la Iglesia. La comunión renueva, fortifica, profundiza esta incorporación a la Iglesia realizada ya por el Bautismo. En el Bautismo fuimos llamados a no formar más que un solo cuerpo (cf. 1 Co 12,13). La Eucaristía realiza esta llamada: «El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? y el pan que partimos ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (1 Co 10,16-17):

«Si vosotros mismos sois Cuerpo y miembros de Cristo, sois el sacramento que es puesto sobre la mesa del Señor, y recibís este sacramento vuestro. Respondéis “Amén” [es decir, “sí”, “es verdad”] a lo que recibís, con lo que, respondiendo, lo reafirmáis. Oyes decir “el Cuerpo de Cristo”, y respondes “amén”. Por lo tanto, sé tú verdadero miembro de Cristo para que tu “amén” sea también verdadero» (San Agustín, Sermo 272).

1397. La Eucaristía entraña un compromiso en favor de los pobres: Para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros debemos reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos (cf. Mt 25,40):

«Has gustado la sangre del Señor y no reconoces a tu hermano. [...] Deshonras esta mesa, no juzgando digno de compartir tu alimento al que ha sido juzgado digno [...] de participar en esta mesa. Dios te ha liberado de todos los pecados y te ha invitado a ella. Y tú, aún así, no te has hecho más misericordioso» (S. Juan Crisóstomo).

18º domingo del tiempo ordinario

2 de agosto de 2026

«Comieron todos y se saciaron».



Moniciones

Entrada

Querida comunidad: En cada Eucaristía el Señor abre sus manos para entregarnos sus bendiciones. Por eso nada nos podrá separar de su amor. Demos gracias al Padre por su generosidad y celebremos con alegría este domingo, escuchando juntos su palabra y alimentándonos del Pan de vida eterna.³

Liturgia de la Palabra

Nuestro gran alimento espiritual es la palabra de Dios. Prestemos toda nuestra atención a estas lecturas bíblicas pues el Señor nos invita a disfrutar del grandioso banquete que tiene preparado para sus hijos.

Presentación de los dones

La Iglesia prepara la mesa de la Eucaristía porque de ella le viene la vida que la sostiene y la fortalece. En este momento, a todos los bautizados que participamos de esta celebración, nos corresponde presentar nuestra existencia como ofrenda agradable al Padre.

Comunión

El Señor se complace de nosotros y por eso nos da la oportunidad de recibirlo en la comunión eucarística. Estemos seguros de que Dios llega a nuestras vidas y nos sacia de favores por su inmensa generosidad.

³ (Oramos por la campaña del diezmo que comienza hoy en nuestra Diócesis).

18º domingo del tiempo ordinario

2 de agosto de 2026

«Comieron todos y se saciaron».



Oración universal

Alegres por la bondad del Señor para con nosotros, imploramos, hermanos, la piedad de Dios Padre todopoderoso, y pidámosle que escuche nuestra oración por las necesidades del mundo. Digamos juntos:

R/. Por tu gran misericordia, bendícenos, Señor.

- † Roguemos al Señor para que conceda a la Iglesia la alegría del Espíritu Santo y el entusiasmo para anunciar el Evangelio de salvación.
- † Roguemos al Señor para que guíe el caminar de nuestra Diócesis, acompañando especialmente a nuestro obispo y a los sacerdotes.
- † Roguemos al Señor para que otorgue a los pueblos la concordia leal y pacífica, de manera que nos ayudemos entre hermanos.
- † Roguemos al Señor para que todos los que sufren renueven sus fuerzas, confiando en Cristo que nos sacia de favores por su gran compasión.
- † Roguemos al Señor para que, a nosotros, su pueblo, nos haga crecer en la fe, nos purifique el corazón y nos abra la puerta del reino eterno.

Muestra, Padre celestial, tu bondad
al pueblo que te suplica,
para que reciba sin tardanza
lo que pide confiadamente,
siguiendo tu inspiración.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.